

El viento frío campaba a sus anchas por las áridas tierras del norte, bajo un cielo claro. El tren que comunicaba Ponyville con el Imperio de Cristal marchaba a lo lejos, al este de las montañas.

Nadie habitaba en el páramo que separaba el imperio de cristal con las tierras del sur, más cálidas y adecuadas para la vida. Sólo la nieve reinaba en el paisaje. Pocos se aventuraban a viajar por allí si no era en el tren que lo cruzaba.

No le gustaba este lugar. Demasiado claro, demasiado brillante, y lo peor, condenadamente frío.

La capa le protegía de los peligros del viento helado, pero no llegaba a darle ningún calor. Si bien ya estaba en condiciones de combatir el frío con su propia magia, prefería no malgastarla. No estaba en plenas facultades para usarla con asiduidad aún, prefería tener frío a volver a quedarse sin combustible.

Igualmente, estaba lejos de disfrutar del frío reinante. Mil años encerrado bajo hielo no le habían acostumbrado al frío. Por el contrario, ansiaba más que nunca encontrarse un lugar caluroso y oscuro.

Ahora, más que nunca, echaba de menos el Imperio de Cristal.

Pero su aversión por el lugar no le impidió mantenerse en la zona durante meses. Sabía que el páramo helado que rodeaba el Imperio de Cristal era su mejor opción, dada su situación actual.

Nadie habitaba por aquí, nadie pasaba nunca por aquí. Todos los seres que se “encontraban” en esta zona estaban en los trenes que recorrían la llanura comunicando el Imperio de Cristal con otras localidades de la zona. Y, a varios kilómetros de las montañas, los trenes y sus viajeros eran inofensivos para él.

Sombra yacía tumbado sobre la nieve, observando el paisaje. Su capa le cubría, y, a la vez, mantenía su estómago y patas traseras separados de la nieve.

Seguía con la mirada el cuarto tren de la tarde que se dirigía al Imperio de Cristal.

Esperaba. Durante meses, su vida se había reducido a buscar comida y descansar. Echaba las tardes tumbado en aquel saliente, observando los trenes ir y venir. Esperando.

Había perdido la absoluta mayoría de sus fuerzas en el “destierro”. Durante varios meses, sólo pudo esperar. Mantenerse vivo y sano, mantenerse apartado del mundo, y esperar a que las fuerzas volvieran.

Seguía esperándolas. Aún tras meses de descanso, estaba lejos de estar en plenas facultades. Aún así, Sombra estaba tranquilo. Si bien no disfrutaba de todo su poder, sí había notado una buena mejoría las últimas semanas, y se sentía, como poco, sano. Descansado, fresco, medianamente capaz. Sabía que a estas alturas era capaz de volver a elevarse en el aire si lo deseaba, de convertirse en tinieblas, puede que incluso de volver a influir en la mente de algún ser débil. Notaba las fuerzas necesarias para ello en su cuerpo.

No obstante, se abstuvo de siquiera intentar ninguna de esas cosas. No estaba en condiciones de malgastar sus fuerzas, ni su energía, pensó. La diversión tendría que esperar algunas semanas más.

Aún así, Sombra estaba contento. Su humor había mejorado bastante en las últimas semanas. Verse capaz, sobretodo verse vivo, tras lo que le ocurrió, era motivo de buen humor. Había sobrevivido. No sólo eso, *se estaba recuperando*.

Recapitulando los eventos, Sombra se encontró realmente optimista esa tarde, tanto que decidió cambiar de opinión. Decidió comenzar a planear la segunda fase del plan.

Ya había reunido suficiente poder como para asegurar su supervivencia. Había sobrevivido. Primer objetivo, cumplido.

Se levantó. Recogió su capa, y se la acomodó al cuello y la espalda. Se disponía a comprobar si el segundo objetivo se estaba cumpliendo.

Invocó la magia sin esfuerzo. Había invocado este hechizo tantas veces que hacía tiempo que éste se había convertido una extensión natural de sus capacidades, capaz de invocarlo con muy poco esfuerzo y concentración. Pensó que era un buen comienzo probar un hechizo tan familiar y sencillo.

En el mismo momento en el que comenzó el hechizo, notó la ausencia de poder usual. La ejecución fue algo más lenta, más tediosa. Sus patas y la armadura que las rodeaba comenzaron a volatilizarse, convirtiéndose en una nube oscura. Como un fuego, el efecto se extendió por el resto del cuerpo, “consumiéndolo” y convirtiéndolo en sombras.

En pocos segundos, su cuerpo se había convertido en una masa informe de oscuridad, levitando a pocos centímetros del suelo.

La falta de poder era evidente, Sombra se notó cansado en ese estado. Pero no le importaba. Lo había conseguido.

Rápidamente, deshizo el hechizo, devolviendo su cuerpo a su estado natural.

Sonrió. Iba por buen camino. Ya era capaz de convertirse en sombras, cosa que no había podido hacer en meses, debido a la falta de fuerzas. Pero ahora había llegado a un nivel de poder en el que podía volver a hacerlo. Se sentía algo cansado, pero no le dió mucha importancia, esperaba ese efecto. Sabía que seguía débil, al fin y al cabo.

Se acercó al saliente con una seguridad y valentía que no había experimentado en mucho tiempo. Paseó la mirada en un arco de un extremo al otro de la llanura ante él con aire de superioridad.

Se acercaba el momento.

Durante esa noche, al abrigo de una hoguera, en el interior de la cueva de la que había hecho su hogar, Sombra comenzó a hacer planes de futuro.

Se dejó claro a sí mismo que las cosas no se volverían fáciles a partir de ahora, por el hecho de que tuviera poder. Tenía que pensar mucho sus próximos pasos. Volvió a recordárselo, el Imperio de Cristal podía esperar. No era su principal objetivo ahora, y no lo sería hasta haber conseguido algo antes.

Primero tenía que encontrar una fuente de poder importante.

Su derrota le había dejado algo claro: Las cosas habían cambiado bastante en estos últimos mil años. Celestia y Luna ya no eran las únicas con poder en la zona. Ni los únicos alicornios a tener en cuenta.

Aquel alicornio rosado no se despegaba de sus pensamientos. ¿Qué diablos hacía un alicornio nuevo pululando por ahí? No eran precisamente comunes. Sólo en lugares donde hubiera que ejercer un control importante había seres tan poderosos, y que él supiera, sólo Celestia era capaz de tornar a un pony en un alicornio.

¡Y aquél dragón! ¡No llegaba a la altura de una silla y le había arrebatado el Corazón de Cristal! Aquello le había dejado realmente perplejo. Aún hoy no se explicaba qué hacía ahí esa criatura.

Tercer elemento a tener en cuenta, la otra pony. Un unicornio que consiguió llegar hasta el lugar donde Sombra había escondido el Corazón de Cristal. No estaba muy seguro de cómo lo había conseguido, pero lo había hecho. Era necesario saber invocar magia oscura para acceder a la zona del palacio donde él había escondido el cristal, así que aquel unicornio morado sabía usar la magia oscura.

El campo de batalla se había plagado de enemigos nuevos, algunos de ellos presumiblemente poderosos.

Por este motivo, Sombra sabía que lanzarse a reconquistar el Imperio de Cristal en las mismas condiciones que la última vez no funcionaría. La balanza de poder se había equilibrado, había una fuerza mayor que él defendiendo el Imperio. Había que desequilibrar esa balanza.

Dejó de recordar y aprender del pasado y se centró en el futuro, ante el crepitar de la hoguera.

Su objetivo era, primero, aprender sobre los nuevos tiempos, ver qué había cambiado en este milenio. Una vez tuviera claro el nuevo campo de batalla, tenía que buscar en este nuevo mundo algo que le ayudara a reconquistar el Imperio de Cristal.

Un aliado, algún elemento de poder, alguna manera de debilitar a los nuevos adversarios, no lo sabía. Pero tenía que encontrar algo que usar en su beneficio para ganar ventaja en la próxima batalla y erigirse como Rey del Imperio de Cristal definitivamente.

En el pasado había infinitas leyendas sobre objetos que dotaban de un poder increíble a su portador, de criaturas de gran poder que servían a tus deseos si conseguías domarlas, alguna de ellas debería poder servirle.

Pensando en las antiguas leyendas y buscando entre ellas en sus memorias alguna que pudiera serle de utilidad, Sombra se quedó dormido.

Durante los siguientes días, el unicornio se dedicó observar con más detenimiento el panorama que podía verse desde el lugar donde vivía. Decidió que buscaría entre los seres actuales información sobre el mundo actual, en sus mentes, en sus periódicos, en sus bibliotecas.

Estaba demasiado lejos de la civilización para ver ningún pueblo o ciudad en los que comenzar su búsqueda, así que decidió esperar un tiempo a recuperar el poder suficiente como para desplazarse una larga distancia hasta encontrarlos, allá por el sur.